

Polémica por la guerra del Paraguay.
Intercambio epistolar entre el ex presidente
Bartolomé Mitre y el periodista oriental Juan
Carlos Gómez, a través de los diarios La Nación
y La Tribuna.

Diciembre de 1869

Juan Carlos Gómez y Bartolomé Mitre

Fuente

Tulio Halperín Donghi, Proyecto y construcción de una nación (1846-1880), en Biblioteca del Pensamiento Argentina, tomo II. Buenos Aires, Emecé, 2007.

SEGUNDA CARTA DEL DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ

La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso, que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirle, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo, era ser miope.

Está bien que los pueblos no se metan a redentores, ni se erijan en quijotes; pero no por eso escapan a su misión de redentores, y muchas veces, ni aun al papel de quijotes que los acontecimientos les imponen. Los gobiernos o directores de los pueblos cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar a los pueblos en las aventuras; pero faltan a su deber cuando mantienen a los pueblos desprevenidos, expuestos a los peligros, inconscientes de sí mismos e inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques abatidos de Curupayty.

Un día los sorprendieron los sucesos, cayendo las hordas de López sobre la provincia de Corrientes, como llovidas de las nubes.

Un día se vio nuestro pueblo a brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, abrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momento para un hombre de Estado, como Lincoln o como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas a su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar a la victoria!

Ud. tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su reciente pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del 8 de noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido a entregar las llaves de la Ciudad de la Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir a López con nuestros solos elementos; hubiéramos sido

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro y vamos a ceñir el laurel del triunfo a la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoísmos de actualidad va a ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse, y justificar a los que con usted han hecho y sostienen a la alianza, de los siguientes cargos:

1º --La alianza ha reducido a los pueblos del Plata a un papel secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasileña.

2º --Principal actor en la lucha, la monarquía brasilera ha hecho su obra, y no la nuestra: deja establecida su conveniencia y suprimida la nuestra en el Paraguay.

3º --No pudiendo esquivar la misión providencial que nos está impuesta, a pesar nuestro tendremos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, para más tarde o más temprano.

4º --Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra a un tirano, en guerra a un pueblo; hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate; le hemos engendrado el espíritu de causa; le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5º --Hemos perpetrado el martirio de un pueblo que en presencia de la dominación extranjera, simbolizada por la monarquía brasilera y no de la revolución que hubiera simbolizado sólo la República de los pueblos del Plata, se ha dejado exterminar hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6º --La alianza acabará; pero el pueblo paraguayo no se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón a pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la defensa de Montevideo y de Buenos Aires, a pesar de pesares.

Cuando tales sucesos o tales debates vengan, no sé qué pensará o qué contestará usted.

Ahora quizá me responda usted: allá me las den todas: *après moi, le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

Juan Carlos Gómez

Diciembre 12 de 1869

TERCERA CARTA DEL DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Me hace usted una confesión importante, y es que solos, sin la alianza, hubiéramos triunfado del mismo modo en el Paraguay, aunque con mayores sacrificios de sangre y de dinero.

Yo iba más lejos. Aunque hubiéramos empezado por ser derrotados, debimos batirnos por nuestra cuenta y riesgo.

En materias de honor nacional, la cuestión de sangre y de dinero es lo de menos.

El tiranuelo del Paraguay dio un bofetón a la República, asaltando a la provincia de Corrientes y a los vapores de la República.

Si al general Mitre se hubiera atrevido alguien a darle un bofetón, ¿hubiera llamado a alguien para que le ayudase a lavar la afrenta?

¿Hay dos leyes del honor, una para los hombres y otra para los pueblos?

Al hombre se le impone dar toda su sangre por vindicar el ultraje, y al pueblo se le predica que ahorre su sangre, y lo que es más indigno, que ahorre sus pesos, que gaste lo menos posible en mantener su honor, que economice su plata y su vida, porque al fin la fama pasa y el provecho se queda en casa.

Con la política de redención o de conveniencias hubiera comprendido todavía la alianza. Si el gobierno Argentino, escandalizado de la tiranía del Paraguay, se hubiera decidido a ponerle fin, y tratase de provocar la guerra, comprendo que tratándose del bien de un tercero, o de reportar un lucro, hubiera invitado a los otros pueblos a ayudarlo en la empresa, o a asociarse a las ganancias y pérdidas.

Así se explica la alianza de Francia y de Inglaterra contra la Rusia. La Rusia no había afrentado a la Francia ni a la Inglaterra.

Estas naciones quisieron contener la prepotencia del autócrata del Norte y le llevaron la guerra.

Pero, en una cuestión de honor, buscar o aceptar siquiera la alianza, es ante las leyes de la dignidad humana, un acto desdorado.

La primera acusación a los autores y sostenedores de la alianza, es haber desdorado la dignidad y la grandeza de la patria, haber deslustrado ese pabellón azul y blanco, que nuestros padres levantaron a tamaña elevación en las guerras de la Independencia y del Brasil.

Admitiendo por un instante que hayamos estado igualmente representados en la alianza, y que la mitad de las victorias nos pertenezcan, habremos conseguido un semi triunfo, una semi reparación, una semi victoria.

¿Y es esta grandeza a medias el legado que dejan al porvenir los descendientes de Belgrano, de San Martín y de Lavalleja?

Sólo los pueblos enervados, que han perdido la estimación de sí propios, pueden conformarse con estas medianerías, y el general Mitre no desconoce que hay todavía en los pueblos del Plata ese aliento varonil que con algunos sacrificios hacía innecesaria la alianza para alcanzar la victoria. Pero no es cierto que hubiéramos precisado mayores esfuerzos y mayores sacrificios.

Por el contrario, la alianza no ha impuesto más que lo que nos hubiera exigido la guerra. El general Mitre no asienta la verdad, cuando tal afirmación se permite. Su palabra no es el Corán, y las pruebas no le dan razón.

Cuando López nos trajo la guerra, invadió con todas sus fuerzas disponibles la provincia de Corrientes y el Estado Oriental. Los elementos argentinos y orientales bastaron para contener la invasión. El ejército brasilero no contaba entonces como fuerza, porque el Brasil no tenía ejército. Fueron los pueblos del Plata los que pusieron a raya la marcha del tiranuelo, rindieron a uno de sus ejércitos y obligaron a repasar el Paraná al otro.

Y los pueblos del Plata no habían puesto en acción ni la décima parte de su poder. Con un poco de actividad y de energía teníamos numerosos ejército y escuadra en poco tiempo. Repasado el Paraná por López, tiempo de sobra teníamos para organizar el triunfo.

Me anticipo a la objeción. El tiranuelo del Paraguay tenía un auxiliar en Urquiza, en los federales de Corrientes y Entre Ríos.

Los auxiliares no se movieron, ni hubieran podido moverse, desde que nuestro ejército de línea y nuestra Guardia Nacional ocupase el Entre Ríos. Con esas solas fuerzas dominábamos la situación interna desde el primer momento, como fue dominada en efecto, porque la ayuda brasilera era entonces nula, y no hubiera impedido a Urquiza y los federales pronunciarse.

Además el general Mitre sabe bien, como hombre político, que no es un grano de anís sublevarse contra la patria y contra un gobierno establecido sin ejército regular y base establecida de recursos.

El general Urquiza nunca se hubiera pronunciado en favor de López, sin la previa derrota de nuestro ejército, y nuestro ejército no podía ser vencido en Corrientes por el paraguayo, como lo declara el general Mitre.

Entretanto, si algún peligro remoto de traición existía de nuestro lado, mayor peligro de defección existía del lado de López. La prueba es que fusiló a Robles, el general en jefe de su ejército invasor. Y el peligro era mayor, insisto, porque es noble abandonar la causa de un tirano por aspirar a la libertad de su patria, y las malas causas están siempre preñadas de

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

deserciones, mientras que es difícil traicionar la causa del honor y la libertad en obsequio de un espantoso déspota.

Rechazada la invasión de Corrientes, y repasado el Paraná por el ejército de López, con los solos elementos de los pueblos del Plata, como sucedió, con tiempo para organizar la victoria, ¿qué sacrificios teníamos que hacer en territorio paraguayo, desde que los hechos en territorio argentino fueron insignificantes?

En primer lugar, podíamos optar entre invadir y no invadir desde luego el territorio paraguayo, pues el general Mitre sabe bien que la invasión no es indispensable siempre para el triunfo de un pueblo contra otro.

La alianza no nos dejaba elección, nos ataba a su carro, nos imponía la invasión, nos conviniese o no.

¿Puede el general Mitre asegurar que no hubiéramos triunfado sin invadir?
¿Puede afirmar a la historia que los elementos, capitaneados por Robles, Barrios, los hermanos del mismo tiranuelo, todos fusilados por él, no hubieran atacado su retaguardia más tarde, y dejándonos abiertas las puertas de la entrada?

Se repite mucho que los paraguayos habían sacrificado todos su razón ante la personalidad de López, y estaban resueltos a morir por él, de fidelidad o de miedo. Yo no lo creo. El mundo ha conocido pueblos más bárbaros, más atrasados que el paraguayo, y no encuentra el ejemplo de ese fanatismo al miedo o al hombre. Y el Paraguay contaba una minoría inteligente y resuelta, que se personificaba en Barrios, Robles, Benigno López, etc. Este fanatismo hasta el martirio es incompatible con tal minoría, y sin ella, jamás, y sin excepción, es el resultado de otra cosa que de un sentimiento o de una pasión por algo que se liga con la comunidad del pueblo, religión, independencia, etc.

El fanatismo que ha precipitado a los paraguayos a morir en los acorazados brasileros, y a fugar de Buenos Aires, en donde rebosaban de bienestar, en busca de las miserias y peligros de los ejércitos de su tirano, dígame lo que se quiera, y declámese hasta lo infinito, hallará siempre en el corazón de los hombres y en la historia psicológica de la humanidad, otra explicación que el miedo o el servilismo.

¿Hubieran opuesto a los pueblos del Plata, los paraguayos hermanos de raza, de familia, de antecedentes y hasta de esperanzas, la misma desesperada resistencia que a la alianza brasileros?

Todo nos responde que no. El furor de los paraguayos durante la lucha, su gran encarnizamiento se ha manifestado en todas ocasiones contra los brasileros. El general Mitre como historiador, debe haber aprendido en los

libros y en el corazón humano que “la raza es una de las fuentes principales que contribuyen a producir estado moral elementario; y que lo que se llama la raza, son esas disposiciones innatas y hereditarias que el hombre trae consigo a la vida y generalmente están unidas a diferencias marcadas en el temperamento y en la estructura del cuerpo; que la raza es la primera y la más rica fuente de esas facultades dominantes de que derivan los acontecimientos históricos, y se ve desde luego que si ella es poderosa, es porque no es una simple fuente, sino una especie de lago, un profundo *reservoir* en donde las otras fuentes han venido a amontonar sus aguas durante una multitud de siglos”.

Con las palabras de uno de sus colegas de la más moderna escuela histórica, tal vez dejemos convencido al historiador Mitre de que la raza da la explicación al fanatismo desesperado de los paraguayos en presencia de las legiones brasileras. Como oriental, sin reputarme bárbaro, yo siento en mi corazón que hubiera muerto como un paraguayo en una invasión del Brasil al Estado en que vi la luz.

Pero, admitido que a los pueblos del Plata opusieran el mismo fanatismo de las muchedumbres paraguayas, no teníamos para qué estrellarnos contra él. En la guerra con el tirano del Paraguay, el tiempo estaba en nuestro favor, nos fortalecía y nos enriquecía, y empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la alianza, teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria. No es cierto, pues, que nos hubiera costado mayores sacrificios la guerra sin la alianza.

Por el contrario, muy poco habría demandado el triunfo.

Y recojo aquí una rectificación del general Mitre: “La cronología de mi provincia andaba un poco atrasada. Cuando el Paraguay declaró de hecho la guerra a la República Argentina, ya estaba en guerra con el Brasil”.

Gracias por el recuerdo.

La guerra con el Brasil no la hacía el Paraguay por culpa nuestra, no éramos responsables de ella, ningún deber de honor, ninguna responsabilidad de decoro nacional, nos obligaba a hacernos los campeones del Brasil en esa guerra, ni sus sostenedores siquiera.

Estábamos desligados de todo compromiso y de todo miramiento.

¿Qué más queríamos?

El Paraguay estaba en guerra con el Brasil; tanto más débiles eran las fuerzas que podían oponernos; tanto mayores eran las seguridades de nosotros para la victoria.

Nos provocaba el tiranuelo del Paraguay, con un insulto a una guerra, en circunstancias y condiciones tan desfavorables para él. Tanto peor para el tirano.

¿Por qué desperdiciamos las ventajas que esas circunstancias y condiciones nos garantían?

Y ahora es mi turno de hacer una acusación grave al general Mitre con sus propias palabras y doctrinas. ¿Tienen los gobiernos el derecho de renunciar a las ventajas que las circunstancias brindan a los pueblos? ¿Tienen el derecho a meterse a Quijotes y lanzarse a las vicisitudes y aventuras de una alianza, cuando sin ella, tendrían todos los beneficios de la alianza y ninguno de sus perjuicios?

No aprovechar la circunstancia de estar López ya en guerra con el Brasil, para triunfar nosotros pronta y fácilmente, y someterse a los peligros y a los males de una alianza, que no nos daba el concurso de un hombre más, de un barco más, de un peso más, era salir de esa política circunspecta que cede a los sucesos, en cuya eficacia estamos de acuerdo, y echarse de bruces en la política de estrépito, de ostentación, de vanidad que como el perro de la fábula suelta el bien sólido del pueblo, a trueque de fascinante reflejo del generalato de los grandes ejércitos, de la dirección de los acontecimientos, en que no le reprocho buscaba usted el prestigio de su persona, sino el prestigio de su patria, que se engreía usted de poner a la cabeza de las naciones del Oriente de Suramérica.

Tenemos mucho que conversar todavía como buenos amigos y correligionarios políticos.

B. S. M.

Juan Carlos Gómez

Diciembre 13 de 1869

SEGUNDA CARTA DEL GENERAL MITRE

Del caos que quedó después de Pavón surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo de una ley común, como lo declaró solemnemente el Congreso argentino, libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad, pudimos afirmar el juramento de la Constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en las aventuras de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura.

Merced a esto, la guerra del Paraguay nos encontró unidos y reunidos, y desarmados los partidos y preparados a hacer respetar nuestro derecho, así en la paz como en la guerra.

Cualquiera otra política hubiera dado la preponderancia al Paraguay en los asuntos del Río de la Plata, alentando las resistencias latentes contra el nuevo orden de cosas.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Comprometidos todavía en el difícil experimento de un gobierno libre, que tenía a la vez que completar la unión y la organización nacional, vino la guerra del Paraguay.

Como lo hemos observado antes, el Paraguay estaba en guerra con el Brasil.

El Brasil era, por consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho.

El hecho se redujo a protocolo, y el tratado de la triple alianza fue firmado sobre el tambor por los mismos combatientes que iban a sellarlo con su sangre y en presencia del enemigo común que había invadido nuestros respectivos territorios.

Orientales y argentinos contribuyeron a rechazar la invasión paraguaya en el territorio brasileño del Río Grande.

Los brasileños contribuyeron a rechazar la misma invasión paraguaya en el territorio argentino de Corrientes.

En seguida nos lanzamos unidos sobre el territorio enemigo, resueltos a dar en tierra con el bárbaro gobierno que nos había provocado a la guerra, buscando en esto la garantía para la paz futura de estos países, a la vez que el desagravio de la humanidad, y por accidente, de la libertad del pueblo paraguayo.

Usted encuentra malo todo esto.

Debimos prescindir, según usted, del concurso del Brasil, que ya estaba en línea de batalla frente a frente de nuestro enemigo; debimos impedirle que combatiese a nuestro lado. ¿Cómo? Eso no lo dice, porque, a menos de hacerle la guerra al Brasil, no se comprende cómo le hubiésemos impedido llevar sus armas al Paraguay.

Debimos afrontar la lucha solos, a cuenta de esa derrota que usted consideraba segura, y que yo he negado. ¿Por qué? Para triunfar en el porvenir, después de caídos; para no triunfar desde luego con el concurso de un aliado, sin menoscabo de nuestro derecho y de nuestra gloria, que tenía los mismos intereses y la misma razón de combatir que nosotros. Debimos, por último, según usted, llevar la revolución al Paraguay en vez de hacerle la guerra, enarbolando, no el pendón de las nacionalidades agraviadas que repelían la fuerza con la fuerza y trataban de garantizar la paz futura, sino en el nombre y en el interés del pueblo paraguayo, que es el único que a usted le inspira admiración y simpatías.

Nada de esto es serio ni tiene sentido común, y tan es así, que usted mismo, después de haberlo proclamado a son de trompas, arría hoy su bandera revolucionaria y retrocede ante las conveniencias de su propaganda, y desertando hasta las banderas de la política providencial, de la política revolucionaria desplegada por usted, se contenta ya con una política expectante, a lo que dieren los sucesos; lo que se llama la política a la buena de Dios, en la inteligencia no entra por nada, y en que los pueblos

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

y soldados son centinelas de los sucesos que puedan sobrevenir o no sobrevenir. [...]

Después de trazarme un plan de batalla para después de Cepeda; después de trazarme un plan de política para después de Pavón, me traza usted ahora un plan de campaña contra el Paraguay, que es por sí sola la derrota más completa de todas las ideas políticas y militares que ha sostenido en el curso de nuestra discordia. [...]

Olvida que antes dijo que la victoria, combatiendo solos, era el precio de la derrota, y daba por conseguida la victoria con la misma rapidez y con la misma facilidad con que se obtuvo por el concurso de la alianza.

No se le ocurre que la guerra habría sido entonces en el territorio argentino, y que en vez de compartir a alejar los males de la guerra, los hubiéramos localizado en Entre Ríos y Corrientes.

No es lógico consigo mismo, porque al prescindir del Brasil y al pretender que le impidiéramos formar a nuestro lado, no se atreve a llegar hasta la consecuencia lógica de tal permiso, que era disparar cañonazos al Brasil para que el Brasil no los disparase a los paraguayos que nos hacían la guerra y talaban nuestro territorio llevando cautivas nuestras mujeres; dando a entender que no necesitábamos firmar alianzas para aprovecharnos de la concurrencia del Brasil, lo que es un argumento contraproducente. Cambiando ahora la derrota en victoria, dando por hecho que, tal como pasaron las cosas hecha la alianza, hubieran pasado sin la alianza ni del Brasil ni de la República Oriental, supone usted arrojado al enemigo del territorio argentino, y a los argentinos vencedores sobre las márgenes del Paraná.

Aquí era el caso de desenvolver su gran plan revolucionario respecto del Paraguay, de demostrarnos cómo iba a introducirse la tea de la revolución en el Paraguay, cómo este sistema de hostilidad nos habría dado mayores ventajas con menores sacrificios.

¡Oh decepción! Aquí lo encuentro ya mal hilvanador de frases y asisto con dolor a los esfuerzos de una alta y noble inteligencia que, como el gladiador herido en el circo, hace esfuerzos impotentes para dominar el dolor y caer con elegancia en la arena ensangrentada.

Toma usted mis propios argumentos y los esgrime ciegamente, sin advertir que se hiere con ellos, cuando dice que "los gobiernos no tienen el derecho de renunciar a las ventajas que las circunstancias brindan a los pueblos, ni el de meterse a quijotes, lanzándose a las vicisitudes" -lo que usted aplica a la alianza, cuando la alianza era la ventaja que brindaban las circunstancias-.

En seguida se nos viene con la teoría de las razas, en que usted explica la resistencia de los paraguayos bajo el látigo de su verdugo, cuando antes los

había declarado heroicamente convencidos, poniéndolos más arriba que nosotros que los hemos vencido.

Sin acordarse de que con sólo no dar parte al Brasil en nuestra lucha, usted daba por revolucionado al Paraguay con sólo desplegar nuestra bandera azul y blanca, usted retrocede ahora aterrado ante la *raza paraguaya*, y dice textualmente: "No teníamos para qué estrellarnos contra el fanatismo de las muchedumbres (razas) paraguayas. En la guerra con el tirano del Paraguay, el triunfo estaba en nuestro favor: nos fortalecía, nos enriquecía (*buenas noticias para los mercachifles*), mientras empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la alianza, teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria".

Y ¿cuál era la victoria para más adelante que el doctor Gómez nos prometía, en cambio de los triunfos actuales? Va a verse. Dice usted textualmente: "Los elementos capitaneados por Robles, Barrios y los hermanos del mismo tirano, todos fusilados por él, nos hubieran abierto la puerta de entrada". A esto ha quedado reducida su generosa guerra de redención contra la tiranía del Paraguay. Esta es la misión providencial que, según usted estaba reservada a los pueblos del Plata.

Arrojar al invasor de su casa como Dios lo ayudase, y no estrellarse contra la *raza paraguaya*, esperando que Robles, Barrios y Benigno López abriesen la puerta para entrar. ¡Esto quería decir: "embrazar la égida de la libertad y tomar el hacha de la revolución!"

He entendido por fin, señor retórico.

Lo que quiere decir zumo heliotrópico.

Ya sabemos por fin que la misión que la Providencia deparaba a los pueblos del Plata (que al fin se reduce a uno solo) era hacerse derrotar vergonzosamente, o detenerse prudentemente en la frontera del enemigo para no hacerse derrotar por él, esperando que los seides de López nos tendieran la mano de aliados.

Bartolomé Mitre

CUARTA CARTA DEL DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ

El estudio filosófico de la historia ha de haber enseñado a usted una triste verdad, cuya lección no ha debido olvidar en la vida política, y es que los bandidos como César, como Rosas, como Artigas, representan en ciertos momentos de la vida de los pueblos, los grandes y esenciales principios de su existencia y de su vitalidad futura, mientras que hombres virtuosos como Belgrano y el mismo Rivadavia, representan, por el contrario, en tales momentos, los principios letales, disolventes de las sociedades a que pertenecen. Esto no exime a los primeros de su responsabilidad personal

por sus crímenes ni amengua en los segundos la venerabilidad de la virtud y de las grandes cualidades del alma. Dejo a usted la libertad de explotar contra mi pobre individualidad esta evidencia histórica, denunciándome como el adalid inconsciente de los caudillos y tiranos, a pesar de haber usted enaltecido las figuras de Artigas y Güemes más allá de su efectiva importancia histórica.

Un historiador como usted no podía dejar de ver sin ceguedad, sin inmeditación, sin una inconsciencia e improvisación supinas, no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su *expectable* Urquiza y, en más alta escala Rosas.

Un hombre político de meditación y de conciencia hubiera comprendido que el medio de empuqueñecer y anular a López no consistía en aglomerar contra él el poder material de bayonetas y cañones, sino en despojarlo de su representación, de su personificación, de su pedestal popular, de su bandera, de su poder moral; en una palabra, desnudándolo de su carácter político y dejándolo hombre, déspota, malvado.

La enseñanza de nuestros propios infortunios nos patentizaba cuán difícil y ruda es la lucha contra los Artigas, los Quirogas, los Urquizas y los Rosas, los Césares y los Bonapartes, en más vastos teatros, mientras ellos pueden decirse la expresión de la democracia, del sentimiento popular de independencia, de igualdad o de cualquiera otro instinto de los pueblos que los tienen a su frente.

Un hombre de estado hubiera empezado por arrancar a López esa púrpura popular de encima de los hombros, y exponerlo a las miradas de su pueblo y de la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.

Entonces la guerra hubiera sido al tirano y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado a sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfantes y lluvias de flores.

Esto es lo que usted se hace el que no comprende, entendiéndolo más cabalmente que yo sé explicarlo.

Esto es lo que habría sucedido sin la alianza brasilera, y esto fue lo que sucedió mientras la lucha tuvo lugar en nuestro territorio.

¿Por qué los soldados de Estigarribia no se hicieron matar en Uruguayana, como en Estero Bellaco y Tuyutí, y se rindieron sin disparar un fusil? ¿Por qué en Yatay se dejaron carnear (es la palabra), arrojándose a los arroyos sin tentar la resistencia? ¿Por qué Cáceres bastó para detener al ejército de Robles, y la invasión paraguaya, con todos sus auxiliares, no tuvo el poder de hacer abandonar la provincia al gobernador de Corrientes, nuestro amigo Lagraña? ¿Por qué los paraguayos no ahogaron a Paunero en su desembarco en Corrientes, de donde se retiraron con décupla fuerza?

¿Eran los mismos paraguayos que deshacían nuestros batallones con su mala caballería, y ponían respeto a los encorazados brasileros con sus canoas? [...]

¿Qué cambio se operó en la guerra? ¿Tuvo López mejores soldados, vinieron en su ayuda generales estratégicos, bajó del cielo la intervención del apóstol Santiago o de los dioses de Homero?

El cambio que se había operado, es que Solano López, en vez del tirano de su pueblo, había sido convertido en la personificación de su pueblo; que la guerra de redención estaba convertida en guerra internacional, en que el programa del tratado de la alianza había sido reemplazado por el programa de la conquista brasiler.

La política de usted dio a López posición nacional, carácter popular, significación política. Su política hizo de López, tiranuelo obscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más que me duela y me pese tanto o más que a usted divisar en las galerías de la posteridad a los que hemos visto de cerca repugnantes figuras.

Y esa personificación de un pueblo que le dio su política con la alianza brasiler y que no hubiera tenido sin ella, ha podido costarnos la derrota más vergonzosa que podría sufrir un heroico pueblo, por la imprevisión de sus gobiernos.

Dejo a usted también en libertad de explotar esta frase, lisonjeando al sentimiento popular. Muy grandes pueblos han sufrido derrotas: Canas y Waterloo abatieron las águilas de Roma y de Francia.

Usted con su acostumbrado aplomo, afirma que nunca pudimos ser vencidos con alianza y sin alianza. El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un general que no hubiera tenido la estupidez de Solano López, hubiera sepultado diez veces a los ejércitos aliados en el Paraguay o el Paraná.

A más de un militar he oído –y no se necesita ser militar para pensarlo– que con un poco más de resolución y energía en López, los aliados no se hubieran rehecho del rechazo de Curupayty.

El triunfo de la alianza ha sido, pues, una casualidad.

Entretanto, usted ha expuesto a su país a la derrota y sus consecuencias. Y el *éxito* casual que se ha conseguido, y por el cual debemos tributar gracias a la Providencia, ha sido a costa de un mar de sangre y de una montaña de dinero, que representan sacrificios de la riqueza y del bienestar del pueblo.

Me ocuparé en estudiar lo que importa ese éxito en lo presente y en lo futuro, aunque a usted le importune esta voz agria de la razón y de la conciencia, y, sentado en su trípode de oráculo, quiera usted descifrar solo, en el silencio de la multitud atenta a su palabra mágica, los enigmas del pasado y las revelaciones del futuro.

Juan Carlos Gómez

Diciembre 16 de 1869

TERCERA CARTA DEL GENERAL MITRE

[...] “¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasileña en 1864, como lo afirma el señor Mármol y lo jura el señor Paranhos, con las remesas de bombas de nuestro Parque?”

A esta pregunta del señor Gómez responde el señor Paranhos, en el mismo discurso que él cita como un testimonio auténtico.

En la sesión del 5 de julio de 1865, en el senado brasileño, decía el señor Paranhos.

“El gobierno argentino se mostró benévolo con nosotros; pero es un gobierno ilustrado y presidido por una inteligencia superior, observador, atento y perspicaz; las notas de 20 de octubre ajustadas en Santa Lucía, no habían pasado para él desapercibidas, y en la primera entrevista que tuve con el señor general Mitre, le oí una observación que me dolió profundamente. No era su intención ofendernos; pero quería declinar una responsabilidad que en efecto no debía desear para sí. En esa conversación dije al señor general (y decía lo que parecía creencia muy fundada, a estar a las manifestaciones de la prensa porteña) que el gobierno argentino simpatizaba con la causa de la revolución oriental, y hacía votos por su triunfo. El general Mitre me replicó con mucha moderación; pero de modo que comprendí el blanco a que se dirigía su observación. El general Mitre, recordando que en 1862 el gobierno imperial había enviado a su ministro residente en Montevideo a pedir explicaciones sobre los auxilios que partían de Buenos Aires para el general Flores, y que el gobierno de Montevideo atribuía al de la República

Argentina, después que le hube manifestado aquel juicio, observóme con mucha delicadeza: ‘No; el gobierno argentino ha sido sinceramente neutral en la cuestión interna de la República Oriental; estima y considera mucho al general Flores, pero no ha hecho votos por el triunfo de la revolución, ni ha prestado el auxilio de un cartucho, y si quisiese hacerlo lo haría públicamente, como debe proceder un gobierno regular’ “. (A Convenção de Fevereiro, pág. 23).

Dijo en la misma sesión, el señor Paranhos:

“Uno de los puntos de mis instrucciones era la alianza con el gobierno argentino para una intervención conjunta; pero por las declaraciones que el mismo gobierno argentino había hecho durante la misión Saraiva, su opinión era ya conocida, y efectivamente, lo hallé inconmovible como una roca. El gobierno argentino procedía así con entera buena fe. El general Mitre era partidario de la paz, y hacía consistir la mayor gloria de su presidencia en transmitir a sus sucesores el mando supremo después de un

período no interrumpido de vida pacífica. Yo, pues, señores, en el primer paso de mi misión no fui feliz: pretendí un imposible, cual era obtener la alianza del gobierno argentino en tales circunstancias". (Id. págs. 25 y 26.) Estos testimonios son tan concluyentes como la demostración del movimiento.

Diremos, para afirmar con un cañonazo la bandera que en nuestro honor alzó en el Parlamento el señor Paranhos, que del Parque de Buenos Aires no salieron ni podían salir bombas, porque ni siquiera las teníamos. Los orientales que las dispararon y recibieron en Paysandú, pueden dar la noticia de la marca que llevaban a los orientales que entonces oyeron el estampido desde los balcones del Club del Progreso, y que hoy aseguran que hubieran muerto como los heroicos paraguayos para rechazar una invasión, que hubiera podido efectuar el Brasil, lo que no era necesario suponer, porque ya tuvo lugar en 1864. [...]

Puesto que el doctor Gómez quería rastrear los orígenes de la alianza y las causas que movieron al gobierno a aceptarla y reducirla a tratado, ¿por qué no ha recordado la primera oferta que sobre al particular le fue dirigida por el Brasil en ocasión de estallar la guerra entre éste y el Paraguay?

Es público y notorio que el Brasil invitó a esa alianza a la República Argentina, así que se encontró comprometida en guerra a consecuencia de la sangrienta ofensa que el Paraguay le infirió sin previa declaración de guerra.

El señor Paranhos, después de escollar (como lo confesó) en su misión para comprometer a la República Argentina en esa alianza, tendiente a intervenir conjuntamente con el Brasil en el Estado Oriental, nos invitó a celebrar otra alianza política y militar para hacer en unión la guerra al Paraguay. En tal ocasión nos ofreció lo mismo que después hizo el mando en jefe de los ejércitos aliados a la alta posición a que mi patria tenía derecho por la altura a que la habían levantado la unión nacional consolidada y su política exterior leal y circunspecta.

La alianza parecía popular entonces, y el señor Paranhos, engañado como la vez primera por las manifestaciones ruidosas de la prensa de Buenos Aires, creyó que cederíamos al aliciente de una posición expectable para mi país y para mí.

La prensa de entonces, con rarísimas excepciones (tal vez no más de una), decía que era una vergüenza que la República Argentina no estuviese representada siquiera por una compañía y una bandera en la gloriosa guerra que el Brasil y el Estado Oriental iban a emprender contra la tiranía del Paraguay.

La misma prensa, que después ha renegado de la alianza y maldecido la guerra, decía que no debíamos dejar al Brasil recoger solo los frutos de la victoria que la providencia le preparaba, y que desde luego debíamos hacernos parte en la lucha.

El gobierno argentino era entonces el blanco de sus tiros, porque no desnudaba la espada y se ponía a línea de combate con el Brasil, para participar de sus glorias.

Yo, que no hacía política de aparato ni de vanidad; que no he gobernado con los gritos de las calles, aunque he consultado siempre los grandes movimientos de la opinión; que consultaba, ante todo, el decoro y los intereses argentinos, miraba la cuestión bajo faz muy diversa.

Así contesté a la invitación del ministro Paranhos, que la República Argentina no se podía poner sin desdoro en línea de batalla con él, sin aparecer ante el mundo como el auxiliar del Brasil, a cuyo servicio se ponía para vengar los agravios que el Paraguay le había inferido; que tal posición nos quitaba hasta el mérito y las ventajas del aliado, reduciéndonos a un rol humilde que no estaba dispuesto a aceptar ni para mí ni para mi país; que los gobiernos libres no tenían el dominio de los tesoros del pueblo y de la sangre de sus hijos, para comprometerlos en guerras ajustadas en el gabinete; que aun cuando comprendía que la guerra entre el Paraguay y la República era un hecho más que probable, tal vez inevitable en lo futuro, por la naturaleza del poder del Paraguay, por las cuestiones de límites pendientes y por el antagonismo creado por lo que respecta al comercio y a la libre navegación de los ríos, el patriotismo, a la par que la prudencia y el decoro de mi país, me impedían hacerme aliado en nombre de causa, agravio ni interés en que el honor y la seguridad del territorio de la República no estuviesen directamente comprometidos, porque no éramos soldados sino de nuestra propia bandera, ni vengadores de ofensas ajenas; que si el Paraguay nos agredía con menoscabo de nuestra soberanía, le haríamos la guerra por nuestra cuenta, solos o acompañados, y que en todo caso esperaba que la Providencia bendeciría nuestras ramas; que mientras tanto, quería ser lealmente neutral en la cuestión, reservándome, como limítrofe, el derecho de tomar en ella la participación directa o indirecta que creyese conveniente en guarda de los intereses de mi país, y que ciñéndome estrictamente a los tratados que daban a los beligerantes la libre navegación de los ríos superiores, negaría el paso por mi territorio para ningún objeto bélico, tanto al Paraguay como al Brasil.

El ministro Paranhos no se dio por vencido con esta repulsa categórica, y en posteriores conferencias, que se prolongaron por el espacio de tres y cuatro horas, volvió a insistir. A esto se refería él cuando decía que me encontró inmovible *como una roca*.

Cuando López agredió a la República Argentina, apoderándose de nuestros vapores de guerra en plena paz, cañoneando nuestras ciudades sin previa declaración de guerra, invadiendo nuestro territorio y hostilizándonos no sólo como beligerante internacional, sino promoviendo la revolución en nuestro seno y proclamando la caída de nuestro orden constitucional interno, el Brasil nos volvió a hacer la misma oferta en los mismos términos

que antes, sin prevalerse de las ventajas que le daba nuestra situación, lo que honra al Brasil y honra en alto grado a la República, porque se ve en cuánto se estimaba su alianza y cuál era el respeto y la confianza que su gobierno merecía.

El agravio común nos hacía aliados de hecho.

El tratado nos hizo aliados de derecho, hermanos de armas y compañeros de causa contra el enemigo común.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos, y si los resultados que se cosechen de la alianza no son tan fecundos como debieran serlo, tal vez, la culpa sería de los que no sepan aprovechar ni la alianza ni la victoria, o de los que trabajen por esterilizarla. [...]

El otro cargo tiene menos novedad: es el no haber terminado la guerra en tres meses, como dice que yo lo prometí en una proclama. Voy a ocuparme de esta vulgaridad por la primera vez, ya que el señor Gómez se ha dignado levantarla de la basura en que yo la había dejado caer.

Nada extraño tendría que hubiese prometido la victoria en tres meses y no se hubiera realizado en tres años, porque el hombre es falible en sus cálculos y no puede gobernar a su antojo los acontecimientos.

Lincoln dijo, solemnemente, en documentos públicos, que la guerra del Sur no duraría tres meses. A los tres meses estaba militarmente derrotado en toda la línea. A los tres años recién empezaba verdaderamente la guerra: combatían *un millón* de soldados contra poco más de *cien mil* hombres.

Atacado por más de cincuenta mil hombres, el poder más gigantesco que ha visto la América del Sur, tenía que improvisar y organizar los ejércitos de la alianza al frente del enemigo.

Ocupándome de esto, las serenatas venían a cada momento a saludarme a la puerta de mi casa, donde dictaba órdenes para reunir mis diseminadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo.

A la tercera o cuarta serenata, salí a la puerta de calle acompañado de don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires y dirigí al pueblo las siguientes palabras:

“Mis amigos: ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos a combatir por nuestra patria. Ahora, a ocupar cada cual su puesto de combate, y sea la orden del día: en quince días al cuartel, en un mes a campaña, en tres meses a la Asunción”.

Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento a mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán, porque al mes estaba alcanzada la primera victoria, a los cinco meses, a pesar de Basualdo, estaba expulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder de 18 a 20.000 hombres, entre muertos y prisioneros, con menos de 500 hombres de pérdida por parte de los aliados, y sin que hubiésemos perdido una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera, siendo el resultado del plan de campaña que dictaba en el momento en que fui interrumpido en el trabajo por

tercera o cuarta serenata a que me he referido. Y si hay alguno de los que estuvieron allí presentes que me haya acompañado al campo de batalla, a éste le autorizo a venirme a hacer un crimen de mis palabras, porque no les dije claramente que la campaña no iba a ser un juguete. A todos los demás ciudadanos hablé por medio de la proclama en que llamé al país a la guerra, concitándolos a hacer sacrificios viriles, porque sólo a ese precio era la victoria. Si en ese documento hubiese dicho lo que Lincoln había dicho en otro no menos solemne, podría haber dado la disculpa que él dio, con la serenidad que le era característica, de que estaba dispuesto a aceptar la lucha, durase poco o durase mucho.

La guerra debía durar un año, si el ejército paraguayo hubiese sido batido en territorio argentino.

Debió durar dos años, que era lo más que yo calculaba, como lo dije entonces, aunque no en medio de la calle, si la guerra era de invasión al enemigo.

Si algún día escribo las memorias militares de esta guerra, podrá demostrar todo esto con documentos irrefutables.

Mientras tanto, comparados nuestros elementos con los que puso en pie la América del Norte, no hemos hecho, relativamente hablando, menos que ella, habiendo tenido nosotros nuestro Vिल्sburgo en Uruguayana y Grant su Curupayty en las líneas de Richmond que nunca pudo forzar.

Hemos tenido más resultados que la triple alianza de la guerra del Oriente, en que las tres primeras naciones del mundo se contentaron con morder el talón de la Rusia, en una extremidad de su territorio, sin poder abandonar la orilla del mar, encontrando ellos también sus abatís en el *redány* en el *Melón verde*, sin tocar, como nosotros, la trinchera enemiga, y en que nosotros hemos tenido en Humaitá nuestro Sebastopol, con esta diferencia: que a ellos, se les escapó todo el ejército sitiado, porque nunca pudieron, como nosotros, efectuar el movimiento de circunvalación que dio la victoria, y tomamos prisionera la guarnición a costa de prodigiosos trabajos y heroicos combates, en que nos batimos en tierra, en las aguas y en la copa de los árboles.

Ahora, puede el doctor don Juan Carlos Gómez seguir comentando el dicho "en tres meses a la Asunción", que vuelvo a dejar caer en donde él lo ha recogido.

Bartolomé Mitre